

Texto- I Crónicas 5:18-22

Título- La guerra es de Dios

Proposición- Tenemos la confianza de la victoria en la guerra de la vida cristiana, porque Dios pelea por nosotros.

Intro- Hay frases en la Biblia que no se encuentran en pasajes muy conocidos, pero pueden tener un efecto muy fuerte en nosotros. Hay frases que podemos leer en la Biblia- en historias, por ejemplo- y en ciertos momentos de nuestras vidas no pensamos nada en ellas- las leemos rápido y no nos afectan. Pero hay otros momentos cuando estamos en un tiempo de mucha necesidad, y una frase así salta de la página y es exactamente lo que necesitamos en el momento. No sé si te haya pasado. Estás leyendo la Biblia, y de repente hay una frase que tal vez has leído muchas veces en una historia, y nunca pensaste nada, pero en ese momento es como que Dios te está hablando directamente con esta frase de Su Palabra.

Me acuerdo haberme sentido muy cansado, con muchas pruebas, muchas presiones hace tiempo hace algunos años- cuando llegué a este pasaje que leímos hoy en mi lectura personal. Y una frase aquí brincó de la página y me consoló- en el versículo 22 dice que “cayeron muchos muertos, porque la guerra era de Dios.” “La guerra era de Dios.” Me acuerda de una canción cristiana para niños que mis hijos escuchan que dice algo similar, en referencia a la batalla entre David y Goliat- la canción termina, “la batalla es del Señor.” Es el mismo principio- estamos en una guerra, sí- pero la guerra es de Dios. Estamos en la batalla cada día, una batalla espiritual, sí- pero la batalla es del Señor.

Y hermanos, no es que no sabemos eso- no es que, como cristianos, conscientemente negamos que la guerra sea de Dios. Pero olvidamos- porque estamos cansando- porque en la batalla estamos perdiendo fuerzas- porque no vemos a Dios, no nos está quitando de la batalla- de hecho, parece que está mandando aún más enemigos. Y nos desmayamos porque estamos intentando a ganar la batalla en nuestras fuerzas, en vez de recordar que la batalla es de Dios.

Aquí en este pasaje el contexto es cuando las tribus de Rubén y de Gad, y la media tribu de Manasés tuvieron guerra contra los agarenos- los enemigos de Israel. Y dice que “fueron ayudados contra ellos... porque clamaron a Dios en la guerra, y les fue favorable, porque esperaron en Él.” Y más adelante dice que “la guerra era de Dios.”

Entonces, cuando leemos esta historia- de esta guerra que sucedió en tiempo- ¿qué tiene que ver con nosotros? Las historias de la Biblia no son simplemente para que tengamos confianza en su historicidad- encontramos a veces joyas, pequeñas joyas en estas historias, como esta frase- que la guerra era de Dios. Nos da confianza, porque así como Israel en ese tiempo, nosotros somos el pueblo de Dios- y Él está con nosotros así como estaba con Su pueblo Israel. Ya que no somos una nación física, sino una iglesia espiritual de todas las naciones y tribus y lenguas. Por eso buscamos la aplicación espiritual para nuestras vidas.

Entonces, esta batalla específica no es mi enfoque en este mensaje- esta batalla sucedió hace siglos, es un hecho histórico. Pero lo que quiero que entendamos es que lo que leemos aquí- estas frases- se aplican al pueblo de Dios de manera espiritual también. Sabemos esto porque vemos el mismo principio en otras

partes de la Palabra de Dios- lo que vemos ilustrado en esta historia es una verdad para el pueblo de Dios en todo tiempo.

Y el principio que aprendemos es que, así como la guerra en ese momento era de Dios, así es para nosotros también- es Su batalla, y Él pelea por Su pueblo. Clamamos a Dios en la batalla, y nos es favorable, porque esperamos en Él.

O de manera más resumida- tenemos la confianza de la victoria en la guerra de la vida cristiana, porque Dios pelea por nosotros.

I. La vida cristiana es una batalla

En nuestro texto, estas tribus, esta parte del pueblo de Dios estaba en una batalla en contra de sus enemigos [LEER vs. 18-19]. La vida cristiana es igual- como el pueblo de Dios, nuestra vida es una batalla.

Y no solamente puedo decir eso- tengo que probarlo. Porque, aunque tal vez muchos de nosotros ya sabemos eso por experiencia, otros que apenas son salvos pueden estar desanimados cuando la vida cristiana vuelve complicada y difícil. Puede haber personas también que han sido enseñadas que la vida cristiana ya es una sin sufrimiento, y tenemos que mostrar el opuesto por la Biblia. O también, a veces como cristianos más maduros y con experiencia de la batalla, podemos ser tentados a dudar de nuestra salvación, porque no entendemos porque tenemos tantos problemas.

Entonces, ¿cómo sabemos, bíblicamente, que la vida cristiana es una batalla? Vamos a considerar varios pasajes en más detalle, pero primero escuchen lo que Pablo dijo a Timoteo en sus dos cartas- “Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia”- o, pelea la buena batalla. También le dice en otro lugar, “Pelea la buena batalla de la fe”, y, “Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo.” La ilustración de un soldado es una que encontramos en varias partes del Nuevo Testamento, refiriéndose al cristiano. En Efesios leemos el mandamiento de vestirnos de la armadura de Dios. Y al final de su vida Pablo dijo, “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.”

Entonces, no es cierto lo que algunas iglesias enseñan- que como cristiano, ya no vas a tener más problemas- ya no vas a sufrir- todo va a estar bien en tu vida- vas a tener mucha prosperidad, muchas cosas materiales, y no vas a sufrir. No es cierto. Cuando Dios te salva, inmediatamente entras al campo de la batalla. No puede ser de otra manera- porque ya estás al lado de Dios, en contra del pecado, en contra del enemigo, en contra de aquellos que siguen rebeldes y que quieren destruir a Dios y Su pueblo.

Entonces, es normal para el cristiano estar batallando- estar en la batalla espiritual cada día, y todo el día. No es nada raro pasando en tu vida, no es porque en verdad no eres salvo, no es castigo. Tu vida espiritual es una batalla espiritual. El cristiano va a sufrir- porque es un soldado, y en cada instante es parte de la guerra espiritual- constantemente está en la batalla.

La vida cristiana es una batalla. Esto vemos de la Escritura. Pero más de simplemente establecer ese hecho, quiero que pensemos en por qué la vida cristiana es una batalla. ¿Por qué no es cierto que siendo

salvos, ya bien con Dios, que ya vivimos en paz hasta la muerte? ¿Por qué el sufrimiento, por qué la batalla?

Es porque ya hay resistencia. Antes de la salvación, íbamos con la corriente del mundo, del pecado- y por eso no había resistencia. Pero ahora vamos en contra de la corriente- en contra del pecado- en contra de las tinieblas. Y ya hay resistencia. Sabemos como es una corriente- tú entras en el agua y si vas con la corriente, ni tienes que esforzarte más- casi descansas en el agua y te lleva a donde quieres ir. Pero ¿qué pasa si quieres ya regresar a donde estabas, y ya vas en contra de la corriente del agua? Es muy difícil- hay mucha resistencia. Así es espiritualmente también. Y vemos bíblicamente que se puede hablar de esta resistencia de tres formas- la resistencia del enemigo, del mundo, y de la carne. Así somos tentados- por el enemigo, por el mundo, y por la carne. Por eso la batalla- porque estamos bajo ataque constantemente de estas tres formas.

Primero, la resistencia del enemigo. I Pedro 5:8 dice, “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.” Ahora, quiero ser claro que yo creo que la Biblia enseña que Satanás actualmente está atado, como leemos en Apocalipsis- que no está suelto en el mundo haciendo lo que quisiera, sino que por la muerte y resurrección de Cristo el enemigo ha sido restringido en su poder para engañar las naciones. Es como Cristo mencionó en Mateo 12:29- “Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa.” Por eso vino Cristo- para saquear la casa del hombre fuerte- para liberarnos de la esclavitud a Satanás- liberar al mundo de las tinieblas- como dice I Juan 3:8- “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.” Cristo vino, ató al hombre fuerte, y empezó a deshacer sus obras.

Y esto podemos ver- antes de la venida de Cristo el mundo entero, por mayor parte, estaba en tinieblas y bajo el poder de Satanás- antes de la venida de Cristo podemos ver a todas las naciones engañadas, a excepción de Israel y algunos gentiles salvos. Todo el mundo, a excepción de Israel, fue engañado, bajo tinieblas, y sin conocimiento del evangelio. Pero después de la vida, muerte, y resurrección de Cristo, todo cambió- la expansión del reino de Dios se ha acelerado, y muchísimo. Vemos mucha, mucha más luz del evangelio en todo el mundo ahora que antes de la venida de Cristo. Todavía hay mucho que hacer- todavía hay muchas tinieblas- pero el evangelio se ha extendido a todo rincón del mundo. Es una prueba de que el hombre fuerte ha sido atado- que Dios ya no está permitiendo tanto engaño como antes. Ha restringido el poder de Satanás.

Por otro lado, y en el contexto de lo que estamos estudiando aquí- todo esto no significa que Satanás no está activo para nada- no significa que no tiene ningún poder o influencia- y no va en contra de lo que dice I Pedro 5:8 que anda como león rugiente buscando a quien devorar, porque sin duda él puede tentar- y tiene a sus ángeles, tiene su influencia todavía en este mundo.

Pero lo menciono así para encontrar un equilibrio importante. No creo que deberíamos ir a un extremo, como algunos hacen, de pensar que Satanás está detrás de cada árbol- que tiene tanto poder y así verle a él en cada cosa, en cada maldad, en cada gobernante malo, en cada evento terrible que sucede. No creo que deberíamos ir a extremos. Él está bajo el poder de Dios- siempre ha sido- y es más restringido desde la muerte y resurrección de Cristo- ha sido más restringido de no engañar a las naciones como antes. Como dije, se ve que el evangelio se está expandiendo en el mundo mucho más que antes- muchísimo más. Dios está ganando, como la Biblia siempre dice.

Pero tampoco deberíamos ir al extremo de ignorar al diablo, porque la Biblia dice que es nuestro enemigo, y el enemigo de Dios. No podemos pensar que no existe, o que no puede hacer nada, porque no es cierto. Sin duda su ejército sigue atacando espiritualmente, sin duda él ejerce su influencia en muchos lugares.

El himno Castillo Fuerte comunica bien esa verdad- no se ve tanto en nuestra traducción, pero en el original el himno dice, “nuestro antiguo enemigo aún busca hacernos sufrir”- o aún busca hacernos mal- y después como lo tenemos en el himno- que tiene astucia y gran poder, en la tierra no tiene igual. Es cierto.

Este equilibrio, entonces, nos ayuda a no desesperarnos- a no caer en gran desánimo pensando que Satanás puede tentarnos y atacarnos y que no podemos hacer nada porque es tan fuerte. Está restringido ahora, no puede hacer lo que quisiera. Pero sí es nuestro enemigo, y tenemos que resistir- ese versículo en I Pedro 5:8 no termina después de describir a Satanás- dice, “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe.” Podemos resistir al diablo, en el poder del Espíritu Santo, y él va a huir de nosotros. Lo hacemos como lo hizo Cristo- con la Palabra- la Palabra es poder.

Pero por eso hay resistencia espiritual- por eso hay guerra- por eso todavía estamos en la batalla. Porque nuestro enemigo, aunque atado y restringido, no ha sido vencido finalmente como será en el último día cuando Cristo regrese.

Entonces, enfrentamos la resistencia del enemigo. Pero quiero ser claro, que lo más probable es que no somos tentados directamente por el diablo- aunque él puede, y su influencia es grande- generalmente somos tentados por las siguientes dos cosas que vamos a considerar- el mundo y nuestra propia carne. Vemos que también enfrentamos la resistencia del mundo- por eso la vida cristiana es una batalla.

Cuando hablamos del mundo en este contexto, no nos referimos a este planeta físico- nos referimos al sistema incrédulo que resiste a Dios y Su reino. Leemos en Efesios 2, “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.”

Y Cristo nos dijo que el mundo nos va a aborrecer, y también por qué [LEER Juan 15:18-20]. El mundo rechazó a Cristo cuando vino- las tinieblas aborrecían a la luz, y nada ha cambiado hoy en día. Cuando Dios te salva, y te traslada de las tinieblas al reino de la luz, aquellos que todavía están en las tinieblas te van a resistir- te van a aborrecer.

Ahora, cuando pensamos en el mundo, en este sistema de mal que resiste a Dios y Su reino y Su pueblo, es muy fácil pensar en personas en liderazgo que blasfeman a Dios y persiguen a los cristianos. Y es cierto- ellos son parte del mundo, parte de ese sistema.

Pero una aplicación práctica aquí es pensar en el mundo no solamente como los gobernantes y otras personas tan malas de que leemos en las noticias, sino pensar en nuestros propios familiares, amigos, y otros seres queridos. ¿Cuánta resistencia has enfrentado de aquellos de tu propia casa desde ser salvo de tus pecados? Ese marido incrédulo no entiende porque quieres desperdiciar todo el domingo estando en la iglesia- no entiende porque tu perspectiva de lo que es importante para tus hijos ha cambiado tanto, porque

ya no están de acuerdo. Tus hijos incrédulos ya te ven como alguien raro, porque siempre hablas de Dios, prefieres pasar tiempo con tus hermanos en Cristo que con tus propios hijos de sangre. O lo que sea la situación. Y no es solamente que ellos no entienden, sino activamente resisten- activamente intentan estorbarte en tu relación con Dios.

Y por eso, hay personas que han dejado la iglesia por la presión de sus hijos- u otros familiares. Algunos cristianos sienten pena por pasar tanto tiempo en la iglesia y ya no tanto con la familia incrédula, y por eso no santifican todo el día de reposo.

Ahora, para no ir a extremos, claro que queremos pasar tiempo con la familia incrédula, pero ante todo para evangelizar y hablar de Cristo. Claro que no vamos a abandonarlos completamente, y menos cuando están en necesidad. Pero no me refiero a estas situaciones de emergencia cuando podemos mostrar la luz del evangelio a los incrédulos de manera práctica. Estoy hablando de la tentación de doblarnos ante la resistencia espiritual que enfrentamos del mundo incrédulo, que incluye a veces nuestros propios familiares. No los abandonamos completamente- pero ya no son prioridad como antes. Por eso Cristo dijo en Lucas 14- “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.” ¿Aborrecer? Obviamente Cristo no nos está mandando a pecar- eso debería ser obvio. Pero el punto es que la relación familiar no puede estorbar nuestra relación con Dios- nuestra obediencia a Él y Sus mandamientos. Entonces, enfrentamos la resistencia espiritual del mundo- de los incrédulos- incluyendo a aquellos en nuestras propias familias, y por eso estamos en una batalla.

Y claro que también hay resistencia a veces de parte de personas con autoridad, con poder en este mundo- por eso viene la persecución a la iglesia.

Pero aun con toda esta resistencia del mundo no perdemos la esperanza. Así como confiamos que Satanás está bajo el control de Dios, y restringido- que no puede hacer todo lo que quisiera- igual en la batalla contra el mundo tenemos la confianza de que leemos en I Juan 5- “Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” Por Cristo, vencemos al mundo, así como la tentación del enemigo.

La última manera en que enfrentamos la resistencia en la vida cristiana es por nuestra propia carne. Por eso estamos en la batalla constante, porque luchamos en contra de nuestra carne. La carne no se refiere a tu cuerpo físico, sino al remanente de pecado que queda en el cristiano aun después de que el viejo hombre ha sido crucificado. Es decir, Dios nos regenera y nos da una nueva naturaleza. El Espíritu Santo mora en nosotros y ya podemos obedecer a Dios. Pero todavía hay este remanente de la vieja naturaleza que queda- no tiene poder, no se puede enseñorear sobre nosotros, pero nos tienta. Esa es la batalla.

Pablo habla mucho de esta lucha con nuestra carne. Por ejemplo, en Gálatas 5:17 dice, “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.” Ahora, no es que la carne tiene el mismo poder que el Espíritu- el Espíritu es Dios, y todopoderoso. Pero ahí está la lucha. Y el problema no es que el Espíritu no puede ganar, sino que nosotros muchas veces escogemos la carne. La tentación nos atrapa por el placer que ofrece, e ignoramos el Espíritu y Su poder y caemos en pecado. Pero tenemos que batallar, como leemos en I Pedro 2:11- “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que

batallan contra el alma.” Tenemos que ser activamente batallando en contra de los deseos carnales- los deseos de la carne- los deseos para pecar en contra de Dios. Pablo dijo en Colosenses 3:5, “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros.” Tenemos que matar estas tentaciones que surgen de nuestra propia carne.

Entonces, tenemos deseos carnales que nos tientan. Tenemos deseos muy fuertes para las cosas que el mundo ofrece- la tentación sexual, la tentación de la comodidad, la tentación de la fama, la tentación del dinero. Y parece a veces que estos deseos carnales son más fuertes que nuestro deseo a servir a Dios. Esa es la batalla. El domingo en la mañana siempre te sientes más cansado que cualquier otro día- el domingo en la mañana siempre te sientes mal físicamente, más que cualquier otro día. O cualquier mañana, te levantas y el deseo de checar tu celular, o hacer otras cosas, es más fuerte que tu deseo de pasar tiempo con Dios. Esa es la batalla. Yo creo que es la batalla más fuerte que enfrentamos- la resistencia más fuerte. No tanto la tentación del diablo ni del mundo, sino de tu propia carne- tus propios deseos- tus propios hábitos. Que hagamos morir lo terrenal, lo carnal, en nosotros- que batallamos cada día en contra de esos deseos malos, mundanos, que amenazan tomar el lugar de Dios en nuestras vidas.

Entonces, la vida cristiana es una batalla- batallamos en contra del diablo, en contra del mundo, y en contra de la carne, cada día, y todo el día. Pero no es solamente que hay una batalla, que estamos en la batalla, sino que, en segundo lugar,

II. Tenemos que luchar en la batalla

No solamente podemos reconocer que hay una batalla, que existe una batalla, sino también que tenemos la responsabilidad de luchar en la batalla. No somos espectadores- personas en la periferia viendo lo que está pasando pero no involucrados. No sé si alguna vez has jugado con alguien así- todos están involucrados en el juego, pero hay alguien en el límite, que no quiere participar. O a veces alguien lo hace como estrategia. Hay un juego en donde todos tiene un globo atado a su tobillo, y tienes que romper los globos de otros y guardar tu globo- y el último con el globo no roto gana. Hay personas que, como estrategia, se quedan en la periferia hasta casi el final, y a veces ganan- ganan por su estrategia de casi no involucrarse en el juego. Pero en la vida espiritual no es así- no puedes estar en la periferia, realmente no participando y luchando, y pensar que vas a ganar. Dios te ha llamado a pelear en la batalla.

Otra vez escuchen a lo que Pablo dijo a Timoteo. En I Timoteo 1:18 dijo, “Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia.” Dice lo mismo en I Timoteo 6:12- “Pelea la buena batalla de la fe.” Y en II Timoteo 2:3 dice, “Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo.” Eres soldado, cristiano- y tienes que luchar en la batalla.

Y claro, ésta es una aplicación de Efesios 6 también [LEER vs. 10-18]. Somos llamados, dos veces a vestirnos de la armadura de Dios, tomar toda la armadura. Entonces, claro que tenemos que luchar- la armadura no es de decoración- solamente para que te veas bonito, o fuerte- es para que entres a la batalla para pelear. No hay otra razón para tener armadura como soldado. Dice, “tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes.” Ahí está- tomar la armadura para resistir- para estar firme- para estar participando en la batalla.

Cristiano, Dios no te ha llamado a solamente ver la guerra espiritual de fuera- Dios no te ha llamado a ver a otras personas peleando en tu lugar. Si eres hijo de Dios, estás en la batalla, y tienes que luchar en la

batalla. No es bíblica la idea de “soltar todo y dejar que Dios obre.” No, la santificación es cooperativa- cooperamos con Dios. La obra es de Él- pero participamos- en este contexto, luchamos en la batalla.

¿Tú lo haces? ¿O has estado intentado a ser un espectador, nada más? No funciona. Porque te des cuenta o no, estás en la batalla- y si allí estás en el campo de la batalla pero sin la armadura, sin pelear, sin estar preparado, vas a ser seriamente herido y lastimado- vas a perder en muchas batallas porque no estás luchando.

Pero necesito también aclaro algo aquí- que, aunque nosotros sí tenemos que luchar en la batalla, la Biblia es clara que no lo hacemos en nuestras propias fuerzas. En nuestro pasaje de la batalla entre el pueblo de Dios y sus enemigos, ellos sí estaban luchando- tuvieron guerra contra sus enemigos. Pero fíjense en lo que dice el versículo 20 [LEER]. Fueron ayudados contra sus enemigos- “clamaron a Dios en la guerra, y les fue favorable, porque esperaron en Él.” Ellos luchaban en la batalla, pero no ganaron en sus propias fuerzas, sino por el poder y la intervención de Dios. Igual, tú y yo, como cristianos, cuando estamos en la batalla, con la armadura puesta, batallando, tenemos que clamar a Dios y depender de Él y Sus fuerzas, no las nuestras. Tenemos que esperar en Dios, y clamar a Él, y Él es favorable para con nosotros, porque somos Sus hijos.

Ahora, ésta es la única confianza- que hemos sido redimidos y reconciliados con Dios. Porque Él no es favorable para con todos- Él no da la victoria a Sus enemigos. Deberías pensar, entonces, de qué lado estás en la batalla. Porque si estás de lado de los enemigos de Dios, porque sigues en tus pecados- porque, aunque ya asistes a la iglesia, es una máscara nada más- tu vida no ha cambiado- no te has rendido ante Dios- solamente estás intentando hacer cosas externas para que te veas bien ante otros. Pero sigues perdido en tus pecados, esclavo a la maldad, y tú estás al lado equivocado en la batalla. No continúes así, porque la guerra es de Dios, y Él va a ganar. Reconoce tu maldad y busca a Dios para que te salve y para que empieces a batallar estando del lado correcto.

Y ya siendo cristianos, esta batalla es de Dios porque nos provee lo que necesitamos para perseverar. Porque la Biblia dice que nuestras armas en la batalla no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas- no son de nuestras fuerzas, no son armas que producimos nosotros. Son espirituales y poderosas, porque son las armas de Dios- Su Espíritu, Su Palabra, la oración, la iglesia. Esas son las armas que Dios nos ha dado para poder pelear la buena batalla en la vida cristiana. Estamos en la batalla- y tenemos que luchar- pero la batalla es del Señor.

Y esto nos da confianza- como podemos considerar, en último lugar-

III. Tenemos confianza en la victoria porque la batalla es de Dios

Y esto nos regresa a esta frase en la historia que leímos, que tal vez podríamos leer muy rápido y ni pensarlo- pero que enseña una grande verdad. El pueblo de Dios en esa instancia triunfó, “porque la guerra era de Dios.” Sí tenemos que participar en la batalla- no podemos ponernos a un lado y no hacer nada. Pero nuestra confianza en la victoria espiritual no se encuentra en cuán fuertes somos, ni cuán santos- la confianza en la victoria se basa en Dios. Él ha prometido batallar por Su pueblo, estar con nosotros, fortalecernos, y ganar la victoria.

En Deuteronomio 20:4 leemos, “Jehová vuestro Dios va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvaros.” Y otras veces en el mismo libro vemos lo mismo- que es Dios quien pelea por Su pueblo.

Los salmos también están llenos de esta verdad. Leamos Salmo 35:1-3 [LEER]. Y dice el Salmo 18:39- “Pues me ceñiste de fuerzas para la pelea; has humillado a mis enemigos debajo de mí.”

Ésta es nuestra confianza- David escribió en el Salmo 144, “Bendito sea Jehová, mi roca, quien adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra; misericordia mía y mi castillo, fortaleza mía y mi libertador, escudo mío, en quien he confiado; el que sujeta a mi pueblo debajo de mí.” Y tenemos la promesa tan conocida de Isaías 41:10- “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.”

Y la confianza más grande que tenemos en esta verdad es que Cristo ya venció la muerte, el pecado, el enemigo, y por eso tenemos la confianza en la victoria final, y la victoria ahora en la vida diaria. Ya que Cristo venció, nuestra victoria está garantizada.

Aplicación- Entonces, se puede decir de nosotros también que somos ayudados contra nuestros enemigos en la batalla, porque clamamos a Dios en la guerra, y nos fue favorable, porque esperamos en Él. Lo que sucedió con Rubén y Gad y la media tribu de Manasés es la experiencia de cada cristiano. Había una guerra, y estaban batallando- así como nosotros ahora en nuestras vidas espirituales. No dependían de sí mismos, sino esperaron en Dios, y Él los rescató, porque la guerra era de Él. Esa es nuestra confianza también- la guerra es de Dios- por eso, nuestra victoria está garantizada.

Por eso leemos en Romanos 8:37- “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.” ¿Por qué más que vencedores? Porque Dios ya nos es favorable por la obra de Cristo- porque hemos sido vestidos de la justicia de Cristo, y disfrutamos el favor de Dios en vez de Su ira. Somos más que vencedores porque, como dice algunos versículos antes en Romanos 8, “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” La batalla todavía es de Dios- por eso, nuestra victoria está garantizada.